

*
* *

Recibid á menudo el Pan de los Angeles y conquistad á la reina de las virtudes.

*
* *

Nadie llega á ser santo en un día.

*
* *

Es necesario dar cada día un paso hacia el Paraíso.



ÚLTIMOS DÍAS DE DON BOSCO

La enfermedad.

(Tomado del *Boletín Salesiano*).

El *Diario de la última enfermedad de Don Bosco*, publicado á instancias de nuestros Cooperadores, es un extracto de las apuntaciones hechas con minuciosa solicitud, ya por Don Carlos Viglietti, secretario del venerado enfermo, ya por otros Hermanos. Además de los nombres de los superiores mayores aparecerán en esta relación los de otras personas menos conocidas. Nuestros lectores comprenderán que al usar de tan escrupulosa exactitud queremos que dichas apuntaciones no pierdan nada de su valor.

El *Diario de la enfermedad de Don Bosco*, rico en preciosas enseñanzas, puede dividirse en cuatro períodos: *Primeras tristezas, Angustias, Esperanzas, Duelo.*

1887.

I. PRIMERAS TRISTEZAS

2 de diciembre.

Don Bosco teme tener que dejar muy pronto de decir Misa, La celebra con bastante dificultad y en voz muy baja, en el oratorio privado, contiguo á su cuarto, viéndose obligado á interrumpirla varias veces á causa de la profunda conmoción que le domina.

El sacerdote que hace ya tres años le asiste en la celebración del Santo Sacrificio, asegura haber notado en él gran decaimiento. Empezó en los meses pasados á no volverse para decir el *Dominus vobiscum*; ahora hace ya un mes que se sienta, mientras los fieles reciben la sagrada comunión de manos de otro sacerdote. Fáltanle asimismo las fuerzas para rezar, después de Misa, las tres *Ave-marias* y los *Oremus*, y conténtase con acompañar mentalmente dichas oraciones al que por él las reza.

A pesar de todo, algunos días, permitiéndolo el tiempo, sale á paseo en coche, por orden del médico, y descende para caminar un poco, sostenido por otros. Esperamos.

3 de diciembre.

Gozo en el sufrimiento.

Don Bosco ha pasado mala noche. Por la mañana, no pudiendo decir la santa Misa, la oyó y comulgó. A las palabras: *Ecce Agnus Dei* se echó á llorar con lágrimas de amor hacia Jesús Sacramentado. Muéstrase contento. Mientras se le leía un periódico reía y se chanceaba de buen humor.

4 de diciembre.

Don Bosco y Don Cerruti.

A eso de las 6^{1/2} de la tarde llamó á Don Francisco Cerruti (1), á quien, apenas hubo entrado en el aposento, díjole: — *No tengo nada grave que comunicarte: sólo deseo hablar un poco contigo, para que me des cuenta minuciosa de las cosas de casa.* — Es la primera vez, desde que Don Cerruti se halla en Turín, que Don Bosco le llama directamente para tal objeto. Después de conversar largo rato con él, concluyó dándole un consejo y haciéndole un encargo. Preguntóle en seguida por su salud con un afecto, puede decirse, más paternal de lo acostumbrado: — *Cuidate mucho*, le dijo; *soy yo*,

(1) Director de estudios en toda la Congregación.

Don Bosco, que te lo digo, te lo mando. Haz por tí lo que harías por Don Bosco. — Al oír estas palabras Don Cerruti se sintió profundamente conmovido. Él entonces le cogió la mano y le dijo: *Valor, querido Don Cerruti...; en el paraíso estaremos alegres.* Dicho sacerdote se retiró llorando.

6 de diciembre.

Las fuerzas disminuyen.— Partida de Misioneros á Quito.

Hace ya cuatro ó cinco días que Don Bosco va empeorando sensiblemente. Ayer por la tarde tuvo fiebre y dolor de cabeza. Esta mañana se levantó á las ocho. Hace días que no puede decir la santa Misa; óyela todos los días y recibe la comunión. Esta tarde, si bien cansado, quiso bajar á la iglesia para asistir á la función del adiós de los Misioneros que van á Quito. Entró en el presbiterio, sostenido por su secretario y por el acólito Angel Festa, mientras Don Juan Bonetti daba, en elocuente sermón, la despedida de los Misioneros... Pero el sermón más hermoso y eficaz lo hizo el pobre Don Bosco con sólo presenciar en tal estado de salud aquel acto y dar su bendición á los hijos que envía al Ecuador.

Toda la gente se levantaba para verle. El ilustrísimo señor Leto, después de la bendición con el Santísimo Sacramento, dirigió algunas palabras á los Misioneros, dióles el adiós y los bendijo. Era una

escena sumamente conmovedora. Los Misioneros pasaron uno á uno á saludar y besar la mano á Don Bosco. Lloraban y con ellos lloraban también Don Bosco y todos los circunstantes... Abrazaron por última vez á los hermanos de Casa y luego salieron por la puerta principal de la iglesia. La gente se agolpaba para besarles las manos. ¡Cuántas expresiones de compasión se oyeron sobre el estado del venerable anciano! ¡Cuántos bendecían á aquel hombre de Dios y le llamaban santo!

Pasado por el patio, Don Bosco fué aclamado por los niños, y sintiéndose cansado se retiró á su aposento.

7 de diciembre.

Llegada del Ilmo. Sr. Cagliero.

Unos se van y otros vienen. Al dolor de la partida sucede el regocijo del regreso. Ayer salieron los Misioneros para Quito, y hoy á las dos de la tarde ha llegado de América el Ilmo. Sr. Cagliero. No es fácil describir la inmensa alegría de los niños y sus manifestaciones de sincero y cordial amor. Hermosas inscripciones colgadas en los balcones de la casa saludan afectuosamente al Obispo Salesiano; banderas de diversas naciones engalanan el vasto patio; mil gritos y vivas, mezclados con el sonido de la banda musical, resuenan en todo el Oratorio. El encuentro de su Ilma. con Don Bosco ha sido ternísimo. El santo anciano en su aposento,

abrazó al hijo fuertemente y, llorando como un niño, le quiso besar el anillo. Sus primeras palabras fueron: *¿Cómo estás de salud?*

Con el Ilmo. Sr. Cagliero han llegado también tres señores chilenos y dos misioneros, Don Antonio Riccardi y Don Valentín Cassini.

8 de diciembre.

El Obispo de Lieja.

¡El día de la Inmaculada! ¡Qué sacrificio para Don Bosco no poder celebrar la santa Misa! Ha debido hoy conformarse con oír la de su secretario y recibir la santa comunión; sin embargo se manifiesta alegre. Si se le pregunta por su salud, contesta siempre que está muy bien. Dice alguna palabra chistosa sobre sus achaques, y hablando de su espalda que va doblándose de día en día, repite los siguientes versos, muy bulgares en el dialecto piamontés:

Oh schiña, povra schiña,
T' as finí d' porté baschiña.

¡Oh! espalda, pobre espalda, has concluído de llevar la carga.

Y no sólo con palabras procura consolar nuestro corazón, tan abatido al ver que empeora cada vez más, sino que se sirve de todos los medios po-

sibles para ello. Esta noche estando sumamente débil y sin poder casi moverse, dos sacerdotes le ayudaban á ir al comedor. Iba tan sólo para estar en compañía de sus hijos, pues hace ya dos días que no puede comer nada. Nosotros estábamos tristes, y bien sabe el Señor con que afecto le sosteníamos para que pudiese caminar más fácilmente. Él alegre como siempre, recitaba los siguientes versos piamonteses que, para compadecer á sus pobres piernas, había compuesto un día:

Oh gambe, povre gambe,
Che sie drite, che sie strambe,
Seve sempre 'l mè confort,
Fin a tant ch'i sia nen mort.

¡Oh! piernas, pobres piernas, ya derechas, ya torcidas, me habréis de servir hasta la muerte.

Ayer por la tarde llegaba al Oratorio el Obispo de Lieja, en Bélgica, para obtener la fundación de una Casa Salesiana en dicha ciudad. El 8, fiesta de la Purísima, reúnen los Superiores con Don Bosco, quien responde afirmativamente á la referida súplica, si bien el día antes era de parecer contrario. ¿Tuvo acaso alguna inspiración? Dios lo sabe.

Don Bosco vino al comedor sostenido por el brazo de este venerable Prelado. Al fin de la comida el Ilmo. señor Obispo quiso repetir la misma cortesía, pero Don Bosco no lo consintió, dándole con todo corazón expresivas gracias. A todos con-

movió la ternura de este eximio Prelado, que tan grande afecto tiene á nuestro Padre.

Por la noche Don Bosco vino á cenar con los demás, pero dentro de pocos minutos vióse obligado á retirarse. — *Anímese, Sr. Don Bosco*, le dijo uno, *hemos de oír su Misa de oro*. A estas palabras Don Bosco se paró, y volviéndose á quien las había dicho: — *Sí, sí; veremos*, respondió; *¡la Misa de oro! ¡son cosas graves, son cosas graves!*

9 de diciembre.

Primicias de la Tierra del Fuego.

Por la mañana el Ilmo. Sr. Cagliariero presenta á nuestro buen Padre una superiora de las Hermanas de María Auxiliadora, Sor Angela Verese, de Lu, llegada de la Patagonia, y Sor Teresa Mazzarello, del Uruguay, las cuales, después de diez años, han venido á ver á su patria y á Don Bosco. Han traído consigo una niña de doce años, que nuestro misionero Sr. Don José Fagnano había salvado con otros salvajes en la primera excursión hecha á la Tierra del Fuego. Su Ilma. Sr., al presentarla, decía: — *He aquí, queridísimo Don Bosco, una primicia que le ofrecen sus hijos ex ultimis finibus terrae*. — La pequeñita, arrodillada delante de Don Bosco, con acento semi-bárbaro, le dijo: — *Os doy gracias, queridísimo Padre, por haber mandado á vuestros misioneros á salvarme á*

mí y á mis hermanos. Ellos nos han hecho cristianos y nos han abierto las puertas del cielo. — Don Bosco se sonreía, y por sus mejillas corrían abundantes lágrimas al ver esta preciosa flor, venida de aquellas tierras tan lejanas que siempre han constituido el objeto de su particular afecto.

10 de diciembre.

María nos guía.

Don Bosco ha pasado muy mala noche. En la precedente había dicho ya á Don Celestino Durando que le acompañaba: — *¡Qué noche tan mala me tocará pasar! ¡Paciencia! ¡Hágase la voluntad de Dios!* — Ha perdido las fuerzas. Sin embargo dice: — *Hasta ahora caminamos siempre sobre terreno firme: no podemos errar: es María quien nos guía*.

11 de diciembre.

Querida visita.

Recibe con gran contento la visita de un antiguo alumno. Parece que rejuvenece recordando á los compañeros suyos, las aventuras de otros tiempos y especialmente la protección manifiesta de Dios sobre todas sus obras. Invita á su amigo á volver con su hijo para pasar en Turín las Pascuas de Navidad.

12 de diciembre.

Una cosecha.

Este año Don Bosco, por uno de esos delicados pensamientos que con tanta frecuencia se le ocurren, ha retardado el tiempo de la vendimia del emparrado que está delante de sus ventanas. Debiendo llegar el Ilmo. Sr. Cagliero, ha querido esperar á fin de que también él participe de tal cosecha. En este día, pues, se entretiene viendo á sus hijos que en compañía de Su Ilma. recogen preciosos racimos de uvas que comen con alegría. Esta vendimia ha sido además honrada con la presencia de otro obispo y de un Provincial de los Hermanos de las escuelas cristianas.

14 de diciembre.

Por poco tiempo.

Hace ya algún tiempo que siempre quiere ver á su lado á los hermanos más antiguos y muestra gran pesar cuando, por deber ó caridad, se debe alejar alguno. Don Juan Francesia acababa de llegar esta tarde de una misión, y Don Bosco sabiendo que tenía que salir de nuevo, con muestras de sorpresa y dolor, ha exclamado: — *Me queda muy poco tiempo que estar con vosotros; es preciso que procuremos pasarlo siempre juntos.*

15 de diciembre.

Después se economizará.

Don Bosco hace ya dos semanas que no puede celebrar la santa Misa, si bien la oye y comulga diariamente.

Habiendo sabido que varias familias de Alassio sufren á causa del terremoto del mes de febrero del año pasado, ha demostrado gran compasión. Después ha dicho á Don Cerruti que escriba al Director del Colegio, Sr. Rocca, autorizándole para que haga todo lo que crea oportuno y prudente en tal circunstancia. — *Haremos economía otra vez, concluyó; ahora, socorramos al prójimo.*

16 de diciembre.

Antiguos recuerdos. — El Cardenal Alimonda.

Esta tarde Don Bosco ha salido á paseo en coche con el Sr. Don Miguel Rua y su secretario Sr. Viglietti. En la conversación citó varios pasos de poetas latinos é italianos, recitó trozos muy largos notando sus bellezas morales y religiosas. Esto manifiesta su maravillosa memoria, como quiera que no ha leído á los autores que recuerda desde que cesó de frecuentar las escuelas de latinidad. A la vuelta encontró al Emmo. Cardenal Alimonda,

que paseaba por los soportales de la carrera *Vittorio Emanuele*. El Emmo. Cardenal apenas le vió, exclamó:—*¡Oh Don Juan, Don Juan!* — Se le acercó de prisa, subió al coche y le abrazó con ternura. Mucha gente se había parado para mirar esta piadosa escena.

Más de uno exclamó:—*¡Cuánto se quieren!*— Prosiguieron los dos solos en coche hasta la calle *Cernaia*, y bajándose del coche el Cardenal, volvieron á subir Don Rua y Don Viglietti y acompañaron á Don Bosco al Oratorio. Subido que hubo las escaleras con mucho trabajo, dijo á Don Rua:—*Ya no podré subir más estas escaleras.*

17 de diciembre.

Será la última vez que pueda confesarlos.

Don Bosco está muy abatido. No pudiendo confesar á los niños todas las mañanas, consagraba á este sagrado ministerio las tardes de los miércoles y sábados. Esta tarde han venido unos treinta niños de las clases superiores. Sin embargo el acólito Angel Festa les dijo que no era oportuno que Don Bosco confesase por no hallarse bien. Los niños no se movieron, mostrando así el vivo deseo que tenían de hablar con su amado Padre. Entonces el referido acólito fué á decírselo á Don Bosco, quien, al principio, creyó no poder resistir aquel trabajo; pero luego reflexionando un poco, dijo:—

¡Y sin embargo es la última vez que podré confesarlos!

El acólito, no fijándose en tal expresión, aconsejábale que no confesara haciéndole notar la fiebre que tenía y lo muy difícilmente que respiraba. Mas él conmovido repitió:—*Y sin embargo es la última vez; díles, pues, que vengan.*

Y los confesó, siendo, en efecto, las últimas confesiones oídas.

18 de diciembre.

Aprehensiones.

La salud de Don Bosco va empeorando de día en día. No puede ya tenerse en pie y es conducido en un sillón de ruedas. Hoy, se ha hecho la *exposición* de los objetos traídos de Patagonía por el Ilmo. Sr. Cagliari. Invitados algunos bienhechores y amigos, Don Bosco se entretuvo con ellos en el comedor dándoles muestras de particular afecto. Vuelto al aposento, ha dicho al señor Reffo:—*Amigo mío, siempre te he amado y siempre te amaré: me hallo al fin de mis días; ruega por mí, y yo rogaré siempre por tí.*

19 de diciembre.

Deseo ir pronto al Paraíso.

Don Bosco ha sido visitado por varios distinguidos personajes de Chile que van á Roma. Uno de ellos, viéndole tan postrado, le dice:—*Nosotros rogaremos mucho al Señor á fin de que le libre de sus incomodidades y le conserve aún muchos años.*— Don Bosco le responde:—*Deseo ir pronto al Paraíso: desde allá podré trabajar mucho más por nuestra Pía Sociedad y por mis hijos y protegerlos. Aquí no puedo hacer ya casi nada por ellos.*

II. ANGUSTIAS

20 de diciembre.

Última salida.—Buen fin.

El pobre Don Bosco respira con mucha dificultad y vese obligado á recogerse á las 7 de la tarde y levantarse á las 10 de la mañana. Oye en la cama la santa Misa y comulga. Hasta las 12 da audiencia á los bienhechores de sus obras y á las personas extrañas de la casa que vienen para diversos asuntos. Hace ya cuarenta años que dedica

todas las mañanas á aconsejar, bendecir, consolar, socorrer y alegrar á todos los que vienen á verle. Ha sido ésta una de las ocupaciones más fatigosas de su vida. Esta mañana se halló sumamente falto de fuerza.

Por la tarde ha salido á paseo en coche. Le bajaron sentado en un sillón. A pesar de las muchas instancias de sus hijos era la primera vez que permitía que le llevasen así y fué también la última. Le acompañaban D. Juan Bonetti y D. Carlos Viglietti, los cuales, durante el paseo, hablaron mucho de los hermanos que deseaban ayudarle. Él callaba y escuchaba enternecido; mas de repente dice:—*Viglietti, apenas lleguemos á casa, acuérdate de escribir en mi nombre estas palabras para todos los Salesianos: Los Superiores Salesianos tengan siempre una gran benevolencia hacia sus inferiores y especialmente traten bien y con caridad á las personas de servicio.*

Al regreso, cuando llegó á la carrera *Regina Margherita*, un desconocido hizo parar el coche. ¿Quién era? Un buen señor de Pinerolo que había sido uno de los primeros niños del Oratorio. ¡Con cuánto gusto le vió Don Bosco! Dicho señor había venido á Turín para arreglar algunos asuntos, y quiso ver á D. Bosco. Sabiendo que habría de pasar por aquel sitio, le esperaba en medio de la calle.

—*Amigo mío, le dijo Don Bosco, ¿cómo van tus cosas?*

—*Así, así,* respondió el caballero; *ruegue por mí.*